

SAN CIRILO DE JERUSALEN

LAS CATEQUESIS

T O M O I

Traducción del original y notas por

Fray Albino Ortega

Benedictino de Silos

Serie

Los Santos Padres

N.º 41

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1547-1990

I.S.B.N.: Tomo I - 84-7770-183-0

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

DATOS BIOGRÁFICOS DE SAN CIRILO.—El siglo IV es una de las épocas más agitadas y borrascosas por las que ha atravesado la Iglesia. En ella los grandes escritores y teólogos discuten, argumentan, satirizan unos contra otros y escriben grandes infolios para aclarar un punto de doctrina, una cuestión teológica, en la que intervienen no solamente los hombres de la Iglesia, sino hasta los príncipes y gobernantes del siglo.

En estas circunstancias le tocó aparecer en el mundo a San Cirilo de Jerusalén. No sabemos con seguridad cuál fue la patria chica de San Cirilo; pero es muy probable que su cuna fuese Jerusalén o algún pueblecito de los alrededores de la gran metrópoli. Lo cierto es que, nacido hacia el 313, pasó los primeros años de su adolescencia en la capilla, instruyéndose y recibiendo una educación esmerada. Poco después se puso bajo la dirección del santo Obispo Máximo, y tanto aprovechó en las ciencias eclesiásticas que en breve pudo ser ordenado de sacerdote.

Muerto Máximo, fue elevado en 350 a la sede episcopal de Jerusalén. Durante los primeros años de su episcopado, San Cirilo pudo con relativa tranquilidad dedicarse al ejercicio de su cargo; pero luego, y a pesar de su carácter tranquilo y reposado que odiaba toda agitación y polémica, no pudo sustraerse a la barahunda de celos y pasiones que reinaban por doquier. Primeramente, Cirilo fue el blanco de las persecuciones de los arrianos. Le odian porque en él han visto un enemigo. Y a pesar de que el santo siempre que ha impugnado sus doctrinas lo ha hecho con toda circunspección y prudencia para no enconar los ánimos, ellos le siguen de cerca, le espían y procuran urdirle asechanzas y emboscadas. Es acusado, depuesto y desterrado como un intruso de la ciudad santa.

Tres veces es lanzado al destierro y la última de ellas se ve obligado a andar errante por las ciudades del Asia durante once años, y por las lauras cenobíticas, donde es acogido con cariño por los monjes, a quienes él tanto envidiaba y alabará más tarde en sus escritos.

Por fin, asiste al triunfo definitivo de sus ideas, toma parte en el Concilio ecuménico de Constantinopla (382), y muere poco después alegre de ver que empieza a renacer la paz y concordia de los espíritus.

En los últimos años de su vida, San Cirilo gozó de tranquilidad hasta su santa muerte, que ocurrió probablemente en 386, a la edad de setenta y dos años, después de treinta y siete de un glorioso pontificado; y por el historiador Sócrates nos consta que en esta última época de su vida el Santo poseía el don extraordinario de profecía, según lo atestiguan las siguientes palabras del citado historiador: En una ocasión preparábanse los judíos con grande entusiasmo a la restauración del templo de Salomón. San Cirilo se acordó de la profecía de Daniel, y anunció que era llegada la hora de que en el templo no quedaría piedra sobre piedra. Y, en efecto, una noche vino un fuerte terremoto que conmovió los cimientos del antiguo templo y los derribó juntamente con los edificios próximos a él. Después cayó del cielo un fuego violento, que estuvo ardiendo todo el día y abrasó todas las herramientas preparadas para el trabajo de la reedificación. El miedo y el terror se apoderó de los judíos, y la fama del hecho se divulgó tanto, que vinieron de países lejanos a ver lo sucedido. Los judíos, contra su voluntad, confesaron a Jesucristo, y por la noche aparecieron en sus vestidos cruces formadas de luz. Cuando después de haberlas contemplado quisieron deshacerlas y borrarlas, no lo pudieron conseguir.

Teodoreto, en el libro tercero de su historia, capítulo 17, narra este suceso muy de otra manera. Según él, lo que miles de hombres levantaban con gran trabajo, se caía espontáneamente. Los restos antiguos del templo se derrumbaron. Vientos vehementes, tempestades y borrascas les arrastraban los materiales y como tercios se empeñasen en conseguir su intento, vino un terremoto grande que llenó de espanto a los no iniciados en la fe. Cuando, pasado el miedo, cavaban los cimientos, salió de ellos fuego, que abrasó a muchos de los cavadores y a los restantes les ahuyentó

del lugar. Por la noche se derrumbaron algunos edificios, cogiendo a los que descansaban, y aquella noche y el día siguiente apareció resplandeciente en el cielo la señal de la cruz, y en los vestidos de los judíos otras cruces, no de luz, sino de color negro.

Con estas señales todos huyeron de allí, confesando que era verdadero Dios aquel a quien sus mayores habían crucificado.

Lo que estos autores dicen sobre las cruces, ya negras, ya luminosas, en las vestiduras de los judíos, no debe confundirse con la aparición de la Cruz de que nos habla el Santo en su carta a Constancio.

San Cirilo cuenta así el suceso al Emperador: “En los santos días de la festividad de Pentecostés, el 7 de mayo, a eso de la hora de tercia, apareció en el cielo una cruz grande, hecha de luz, y que se extendía sobre el Gólgota hasta el monte santo de las Olivas, la cual fue vista no solamente de unos cuantos, sino de toda la gente de la ciudad, y con evidencia suma, pues no pasó volando a los ojos de todos, sino que estuvo a la vista muchas horas, y más resplandeciente que los rayos del sol. Fue tanto que acudieron a la iglesia en tropel jóvenes y viejos, hombres y mujeres de toda edad, hasta las doncellas más retraídas en sus casas y habitaciones, indígenas y extranjeros, cristianos y gentiles, venidos aquí de todas partes. Todos ellos unánimes y como a una voz, alabaron a Jesucristo nuestro Señor, Hijo Unigénito de Dios, y obrador de maravillas, conociendo por experiencia la verdad de la fe de los cristianos”.

(Epístola ad Constantium; v. Migne, t. 33, col. 352.)

OBRAS Y DOCTRINA.—La Iglesia honra a San Cirilo como el príncipe de los catequistas. La catequesis era en su tiempo la enseñanza oral que preparaba a los catecúmenos para la recepción del bautismo. Y en este género sencillo y popular, San Cirilo nos ha dejado una obra maestra en sus famosas catequesis. Todas ellas en número de 23 y una procatequesis, datan del primer año de su pontificado. No las escribió él mismo, sino que a medida que el Santo hablaba, los taquígrafos se encargaban de trasladarla a la escritura.

SU ESTILO.—Por esto su palabra tiene los defectos y las cualidades del estilo hablado e improvisado; es práctica, viva, cordial, interesante, y, a veces, patética y apremiante.

De cuando en cuando, algunas disgresiones y paréntesis largos vienen a entorpecerla algún tanto; pero de ordinario, la sencillez, la claridad y el método resplandecen de un modo particular.

A los términos filosóficos introducidos en su tiempo prefiere las fórmulas consagradas por la antigüedad. No es un teólogo al estilo de San Atanasio, es un catequista que instruye piadosamente y trata de preservar del error a sus queridos oyentes, y por esto es precisamente por lo que hoy día ocupa un puesto distinguido entre los grandes maestros del pensamiento cristiano.

RESUMEN DE SU OBRA.—La Procatequesis trata de la grandeza de la gracia que se da a los que se bautizan; en las cinco primeras versa sobre el pecado, la penitencia y la fe; y las trece que siguen son una exposición continuada del símbolo bautismal de Jerusalén, el cual era muy semejante al que redactó un poco más tarde, en 381, el sínodo de Constantinopla. En las cinco últimas, que son las más importantes, a pesar de ser más breves, da una cabal inteligencia de los ritos y ceremonias del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. Son las catequesis llamadas *Mistagógicas*, en las cuales su lenguaje se reviste de una gracia más suave, de una más tranquila y afectuosa cordialidad, bien sea por el asunto de que trata, o bien por dirigirse a los neófitos, los nuevos retoños de la Iglesia.

Estas cinco catequesis mistagógicas constituyen uno de los monumentos más preciosos de la antigüedad cristiana, pues son de un valor incomparable para el estudio de la historia del dogma y de la Liturgia. Por esto no es de extrañar que algunos protestantes las hayan querido interpolar y hacerlas pasar como apócrifas, pues veían en ellas retratadas con demasiada claridad las doctrinas católicas sobre el celibato eclesiástico y la virginidad, la Eucaristía y el culto de las reliquias e imágenes de los santos.

Es de advertir una circunstancia que añade un alto valor a la obra de San Cirilo, y es que el Santo escribió antes de la aparición de los grandes doctores y en medio de las polémicas y discusiones más ruidosas. No obstante, el fondo de su doctrina es de una ortodoxia segura e irreprochable.

Acerca del *Omousios* parece que en sus primeros tiempos estuvo algo indeciso; pero más tarde impugnó repetidas veces la doctrina de los arrianos.

Y así hablando de la Trinidad expone sus creencias del siguiente modo: "Nuestra esperanza está en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. No predicamos tres dioses. ¡Callen los Marcionistas! No admitimos en la Trinidad ni confusión como Sabelio, ni separación como hacen otros". Estas últimas palabras son sin duda una alusión evidente a los partidarios de Arrio. Otro de los misterios que con más precisión y energía ha expuesto San Cirilo es el de la presencia real. Sus expresiones en este sentido se han hecho clásicas. "Bajo la figura del pan, dice a sus queridos neófitos, recibís el cuerpo de Cristo; y bajo las apariencias de vino recibís su sangre, y esa recepción hace de vosotros un solo cuerpo y una sola sangre con El". Curiosa y notable es también esta frase que nos describe la manera de presentarse los fieles a la sagrada mesa: "Haced de vuestra mano izquierda como un trono en que se apoye la mano derecha, que ha de recibir al rey. Santificad luego vuestros ojos con el contacto divino y comulgad. No perdáis la menor partícula. Decidme, si os entregasen pajuelas de oro, ¿no las guardaríais con el mayor cuidado? Pues más preciosas que el oro y la pedrería son las especies sacramentales".

En otro lugar dice: "Recibiendo el cuerpo y la sangre de Cristo nos hacemos concorpóreos y consanguíneos con El; convirtiéndonos de este modo en portadores de Cristo (Cristofóroi), distribuyéndose su carne y su sangre por nuestros miembros".

Tampoco se olvidó de los difuntos en la Santa Misa (Cat, 23, 9): "Acordámonos entonces de los que ya duermen en el Señor..., pues cremos que será para ellos gran provecho el que ofrezcamos por ellos oraciones en presencia del santo y asombroso sacrificio... Ofrecemos el Cristo inmolado por nuestros pecados, reconciliando al Dios piadoso en favor nuestro y de ellos".

El método que hemos seguido en la traducción ha sido el amoldarnos lo más estrictamente posible al original griego, sirviéndonos, desde luego, de la preciosa traducción latina del Maurino Toutté (Migne P. G., y. 33), para que se deje entrever más plenamente el estilo característico del Santo, con todas sus cualidades y defectos; y aunque alguna vez la frase no corra tan fluida como pudiera desearse, y las repeticiones de palabras se sucedan de cuando en cuando, hemos consentido en dejarlo así para que se saboree mejor la palabra, sencilla y clara del Santo catequista.

Ojalá que cuantos se dedican a la predicación y enseñanza del catecismo, que tanto auge en nuestros días va tomando, imiten al santo doctor, y él haga que, como dice la oración, Colecta de su Misa, “conociendo mejor al que es Dios verdadero y a su enviado Jesucristo, merezcamos todos ser contados entre las dóciles ovejas que oyen su voz”.

Madrid, en la fiesta de la Ascensión del Señor.
10 de mayo de 1945.

BIBLIOGRAFIA

La mejor edición de las obras de San Cirilo es la del Maurino *Toutté* en un v. in folio, París, 1720, reimpresa por Migne (Patrol, griega, t. XXXIII. — *Morell*, Catecheses, texto griego y versión latina, París, 1564. — *Milles*, S. Cirilli Hierosolymitani opera omnia, Londres, 1703. — *Reischl* y *Rupp*, edición manual con traducción latina en dos tomos, Munich, 1848. — *Mader*, Der hl. Cirillus Bischof von Jerusalem, Einsiedeln, 1891. — *Dela-croix*, S. Cyrille de Jerusalem, sa vie et ses oeuvres, 1865. — *Faivre*, Oeuvres completes de S. Cyrille de Jerusalem, París, poco recomendable en su traducción, aunque muy bueno por sus notas.

PROCATEQUESIS

(O sermón previo para las catequesis)

1. Ya llegáis a percibir el olor de la bienaventuranza, oh iluminados; ya estáis recibiendo las flores de la vida sobrenatural para tejer las coronas celestiales; ya se derramó la fragancia del Espíritu Santo. Ya estáis ante la puerta del palacio real y ojalá seáis introducidos por el mismo Rey. Han aparecido los frutos de los árboles y ojalá sus frutos estén también maduros. Esta es vuestra llamada para la milicia (1). Tened en las manos las lámparas encendidas para el cortejo de la esposa, pues ya se acerca el gozo de la ciudad celestial, y el buen propósito y la consiguiente esperanza. Pues veraz es el que dice: "Todo coopera al bien para los que aman a Dios". Dios es espléndido en sus liberalidades y sólo espera la buena voluntad de cada uno; por eso añade el Apóstol: "Para aquellos que según su vocación son llamados santos". Cuando existe una vocación sincera, ésta misma hace que seas llamado tal; pues aunque estés aquí presente con el cuerpo, si estás ausente con la mente no percibirás ninguna utilidad.

2. También Simón Mago se acercó al bautismo, y fue bautizado, pero no fue iluminado, y su cuerpo fue tocado por el agua, pero su corazón no fue iluminado por el espíritu; descendió su cuerpo a la piscina, y subió, pero su alma no fue sepultada con Cristo, ni resucitó juntamente con él. Por esto pongo este caso como ejemplo para que tú no caigas.

Estas cosas les sucedían a ellos en figura, pero de hecho han sido escritos para instrucción de los que hasta hoy día se acercan al bautismo.

Ninguno de vosotros se haga espía de la gracia divina, no sea que naciendo en él una raíz de amargura le conturbe. Y ninguno de vosotros entre diciendo: Veamos qué es lo que hacen los fieles; voy a entrar a ver lo que allí se trata. Es decir, ¿que tú solo has de ver y no has de ser visto por nadie?; o ¿piensas que tú has de escurriñar lo que allí se hace, y Dios no ha de ver tu corazón?

3. Dícese en el Evangelio que uno fue a ver lo que sucedía en las bodas, y vistiéndose de un hábito indecente, entró, se sentó y comió. Así lo había permitido el esposo. Pero convenía que viendo los vestidos blancos de los demás él mismo se hubiera vestido igual.

Sin embargo, tomaba los mismos alimentos, a pesar de estar con intención y vestidos distintos. Mas el esposo, aunque liberal, no estaba falto de criterio, porque al ir examinando a cada uno de los convidados, aunque no se fijaba en el modo de comer, sino en el decoro externo, viendo a uno que no estaba vestido con el vestido de boda, le dijo: “Amigo, ¿cómo has entrado así? ¿Con qué vestido? ¿Con qué conciencia? Bien está que el portero no lo haya prohibido por la magnificencia del esposo; ¿pero tú ignorabas con qué vestido había que entrar al convite? Y aun después de entrar al ver los brillantes vestidos de los comensales, ¿no era natural que aprendieses por lo que veías? Ahora bien, has entrado de mala manera y de mala manera has de ser echado”. Y mandó a los ministros diciendo: Atadle sus pies, por lo que temerariamente ha entrado, y sus manos que no supieron vestirle, y arrojadle a las tinieblas exteriores, porque es indigno de los convites nupciales. Ya veis lo que entonces le sucedió a aquél; pues tú pórtate cautamente en tus cosas.

4. Pues nosotros, que somos los ministros de Cristo, recibimos a todo el mundo, y haciendo las veces de portero, permitimos la entrada libre.

Y puede ser que entres con el alma manchada del barro de los pecados, y con un perverso propósito. Sin embargo, entras, eres admitido, y se te inscribe tu nombre, ¿Ves la hermosura de la Iglesia? ¿Ves el orden y la disciplina? ¿Ves la lectura de las Escrituras Canónicas, y el recuerdo de las personas inscritas en las tablas eclesiásticas, y el orden y el modo de enseñar? Pues por la reverencia del lugar y por todo lo que ves, aprende a comportarte bien. Salte en buena hora, y entra de nuevo con más convencimiento.

Si tuviese el traje de la avaricia, entra revestido de otro; quítate el vestido que tuviste y no te cubras. Desnúdate, te ruego, del libertinaje de la inmundicia, y ponte el vestido hermoso de la pureza. Yo te aviso de antemano, antes que entre Jesús, el esposo de las almas, y examine los vestidos. No es pequeño el espacio de tiempo que se te da; tienes cuarenta días para hacer penitencia; tienes una gran oportunidad para quitarte ese vestido y lavarte y vestirte de nuevo y entrar.

Porque si perseveras en tu mal propósito, el que te predica libre estará de culpa; mas tú no esperes que has de recibir la gracia. El agua te recibirá, pero el espíritu no te admitirá.

Si alguno siente que tiene alguna herida, tome la medicina, y si cae, levántese. No haya entre vosotros ningún Simón, ninguna simulación, ninguna mala curiosidad.

5. También puede suceder que seas movido por otro pretexto. Porque puede ocurrir que el varón se acerque para grangearse el amor de la mujer, o cosa semejante; y lo que digo de los hombres, digo también de las mujeres. O también que el siervo quiera agradar a su señor, o el amigo a su amigo. Con el atractivo del anzuelo te recibo, aunque vengas con malos propósitos; pero con la buena esperanza de salvarte. ¿Acaso no sabías dónde ibas y en qué red ibas a caer? Pero caíste en las redes de la Iglesia y has sido cogido vivo; no huyas; pues Jesús te ha prendido con el anzuelo, no para matarte, sino para que entregándote a la muerte te devuelva vivo, porque es necesario morir y resucitar.

Oye lo que dice el Apóstol: “Muertos al pecado, pero viviendo para la justicia”. Muere, pues, al pecado, y vive desde hoy mismo para la justicia.

6. Considera cuánta dignidad te concede Jesús. Antes era llamado catecúmeno u oyente; oyente de la esperanza, sin verla; oyente de los misterios, sin entenderlos; oyente de la Escritura, sin saber su profundo sentido. En cambio, ahora tus oídos no sólo perciben el sonido exterior, sino que llegas hasta oír un sonido dentro de ti, porque el espíritu que mora en ti hace de tu corazón una cosa divina. Cuando oigas lo que está escrito de los santos misterios, entonces entenderás lo que ahora no sabías. Y no pienses que recibes una cosa de mínimo valor, porque siendo como eres un hombre miserable, has recibido un sobrenombre de Dios. Oye a Pablo, que dice: “Dios es fiel”. Y otra Escritura: “Dios es

fiel y justo". Previendo esto el Salmista dijo en persona de Dios, para cuando los hombres habrían de recibir el apelativo de Dios: "Yo dije dioses sois, e hijos del Altísimo todos".

Guárdate de llevar un nombre insigne con un propósito vergonzoso. Ya has entrado en la lucha, sufre el trabajo de la carrera, pues no tienes otro tiempo para esto. Si te encontraras cerca del día de las bodas, ¿no dejarías todas las cosas y te preocuparías de preparar el convite? En cambio, preparándote para ofrecer tu alma para el esposo celestial, ¿no serás capaz de dejar las cosas terrestres por conseguir las celestiales?

7. No está permitido recibir el bautismo por segunda o tercera vez, pues entonces se podría decir: lo que hice mal la primera vez, lo haré bien la segunda (2). Porque lo que se hace mal una vez no puede tener enmienda. Solamente son rebautizados los herejes, porque el primer bautismo no era verdadero.

8. Dios exige de nosotros más que una buena disposición de ánimo; y no digas; ¿Qué pecados se me han de perdonar? Porque yo te digo: Se te perdonarán con sólo querer y creer. ¿Qué cosa más sencilla que ésta?; pero si tus labios dicen que sí que quieren, pero no el corazón, sábetete que conocedor es de los corazones. Aquel que te puede juzgar. Cesa, pues, desde hoy de toda maldad; no pronuncie tu boca palabras injuriosas ni tu ojo vuelva a pecar más, ni tu pensamiento se detenga en cosas vanas.

9. Estén prontos tus pies para las catequesis. Recibe los exorcismos con afecto y devoción (3), bien seas insuflado o exorcizado, porque ambas cosas han de ser para tu salvación. Piensa que el oro está casi siempre adulterado y mezclado con diversas materias, como bronce, hierro, estaño y plomo. Y nosotros solamente queremos tener oro; pero así como sin el fuego no se puede limpiar de las impurezas extrañas, así el alma tampoco se puede limpiar sin los exorcismos que son cosa divina, como sacados de las Escrituras sagradas. Si te cubre la cara con un velo para que tu mente esté atenta, no sea que tus ojos inquietos distraigan también tu corazón. Porque el tener velados los ojos no es impedimento para que los oídos reciban la ayuda de la salud. Porque así como los que purgan el oro consiguen, al dar aire al fuego por medio de finos instrumentos, fundir el oro metido en el crisol, y mientras más fuego le dan mejor adquieren lo que buscan, del mismo modo los exorcistas, al infundir el santo temor por medio del Espíritu

Santo, reaniman al alma que se halla encarcelada en el cuerpo como en un crisol, huye el demonio, queda la salud y abunda la esperanza de la vida eterna; y así purgada el alma de todos sus pecados, llega a conseguir la vida eterna.

Permanezcamos, pues, en la esperanza, hermanos, reanimémonos y esperemos que Dios, viendo el propósito de todos nosotros, nos limpiará de nuestros pecados y nos concederá una penitencia saludable. Tú has sido llamado y Dios fue el que te llamó.

10. Persevera en las catequesis, y aunque nuestro discurso alguna vez sea más largo, nunca decaigas de ánimo. Porque así recibirás las armas contra el poder enemigo, es decir, contra los herejes, contra los judíos, contra los samaritanos y contra los gentiles (4).

Muchos enemigos tienes; recibe muchos dardos, pues contra muchos tienes que luchar. Aprende cómo debes vencer al griego y pelear contra el hereje el judío y el samaritano. Las armas y la espada del espíritu ya están preparadas; lo que hace falta es esforzar la mano por medio de la buena voluntad, para ganar la batalla del Señor, para derribar al enemigo que se opone y salir vencedor de todos los asaltos de los herejes.

Este consejo te doy: que guardes para siempre y no te olvides lo que se te dice. No pienses que éstas son las homilias de consuntumbre; y aunque éstas son buenas y dignas de atención, y aunque en ellas nos distrajéramos algo por un día, lo aprenderíamos al siguiente. Mas la doctrina de acerca del bautismo que se enseña por orden, si hoy se descuida en aprenderlo, ¿cuándo se aprenderá? Piensa que ahora es el tiempo de la plantación de los árboles; y si de momento no cavamos profundamente, ¿cuándo más tarde se plantará mejor lo que ahora hicimos mal?

11. Considera que la catequesis es como una especie de edificio que si no se cava y se pone el fundamento, si no se une la casa con serie ordenada de tramos y buena construcción, de tal modo que no se quede nada flojo y ruinoso, se perderá toda la primera labor efectuada, porque conviene unir piedra con piedra y ángulo con ángulo, y quitados todos los estorbos levantar el edificio por igual. Del mismo modo y como si fueran piedras te presentamos todas las doctrinas: conviene oír lo que se refiere a Dios vivo, lo referente al juicio, a Cristo y a la resurrección. Y otras muchas cosas se dirán que ahora las explicamos simultáneamente, pero

que a su tiempo se darán ordenadamente dispuestas en su lugar. Si ahora no recoges todo esto y lo guardas en la memoria, el arquitecto edificará ciertamente el edificio, pero tú tendrás una frágil y caduca construcción.

12. Cuando se pronuncie la catequesis, si algún catecúmeno te pregunta qué dijeron los maestros, no le digas nada, pues te encomendamos los misterios y la esperanza del siglo futuro. Guarda el secreto a quien te hace la merced. Y no te diga nadie; ¿Qué mal te va a ti con que yo también lo sepa? Porque también los enfermos suelen pedir vino, y si se les da cuando no se debe, se les acarrea el frenesí, y de aquí nacen dos males: que el enfermo llega a morir y el médico es vituperado. Lo mismo ocurre al catecúmeno que oye los misterios por boca de un fiel: que el catecúmeno cae en la locura (porque no entiende lo que oye y desacredita al que se lo dice), y el fiel debe ser condenado por traidor. Tú ya estás en la proximidad, pero guárdate de hablar nada temerariamente, no porque lo que se dice no sea digno de ser contado, sino porque son indignos los oídos de quien lo escucha.

Algún día fuiste catecúmeno y yo te contaba las cosas antes dichas; mas cuando por experiencia conozcas la sublimidad de lo que se te enseña entonces verás que los catecúmenos no son dignos de oír tales cosas.

13. Todos los que habéis sido inscritos, habéis sido hechos hijos, e hijos de una misma madre; y cuando entréis un poco antes de los exorcismos, hablad sólo de las cosas santas, y preguntad por el que falte. Si fueres llamado a algún convite, ¿no aguardarías a aquél que fue invitado juntamente contigo? Si tuvieras un hermano, ¿no mirarías por su bienestar? No preguntes lo que no te interesa, ni sepas lo que pasa en la ciudad o en el pueblecillo, o qué hace el emperador o el obispo o el sacerdote. Mira siempre arriba, pues el tiempo de que dispones pide esto. Si vieres algunos fieles que están ociosos y libres de cuidados, que ya han recibido la gracia y están seguros, tú, que aun estás dudoso de ser admitido, no les imites, sino anda con temor.

14. Cuando se echen los exorcismos, hasta que se acerquen los que se han de exorcizar, estén los hombres con los hombres y las mujeres con las mujeres, pues esto debiera ser como el arca de Noé, donde estaban sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos.

Pues aunque era una sola el arca y la puerta estaba cerrada, sin embargo, todo estaba decentemente dispuesto. Y aunque la iglesia esté cerrada y vosotros todos dentro, sin embargo debe haber esta separación, de modo que estén varones con varones y mujeres con mujeres, no sea que lo que es gracia de salvación se convierta en ocasión de perdición, y aunque sea una cosa hermosa el poder sentarse todos juntamente, sin embargo deben estar ausentes los vicios del desorden (5).

Y mientras están sentados los hombres tengan algún libro útil en las manos y unos lean y otros escuchen. Mas si no tuvieran algún libro, unos oren y otros hablen algo edificante.

Mas las reuniones de las vírgenes se harán de este modo: se dirán salmos o se leerá en voz baja de tal modo que los demás no lo oigan. Porque dice el Apóstol: “A las mujeres no les permito hablar en la iglesia”. Y las casadas hagan lo mismo que las vírgenes; es decir, que oren y muevan los labios de tal modo que no se les oiga la voz, para que se imite a Samuel; de tal modo que el alma pueda recibir la salvación de Dios, que las escucha, pues esto es lo que significa Samuel.

15. Veo los deseos de los hombres y la piedad de cada una de las mujeres. Inflámesse la mente en la piedad y el alma se recalcante como en un yunque. Sométase la dureza de la infidelidad y caiganse las escorias superfluas del hierro; límpiense todo el orín y quédese sólo lo que es puro y limpo metal.

Algún día os mostrará Dios aquella noche y aquellas tinieblas convertidas en día, de las cuales está escrito: “No serán para ti oscuras las tinieblas y la noche se hará como el día” (6). Entonces se os abrirá la puerta del paraíso; entonces gozaréis de las aguas que llevan a Cristo y que exhalan dulces fragancias; entonces recibiréis el llamamiento de Cristo y la eficacia de las cosas divinas. Mientras tanto mirad hacia arriba con los ojos abiertos de vuestra alma. Figuraos ya en vuestra alma a los coros angélicos, a Dios, Señor de todas las cosas, sentado, y Jesucristo, su Hijo Unigénito, juntamente con él y con el Espíritu Santo, y a los Tronos y a las Dominaciones que les sirven, y a cada uno de vosotros como si ya hubiera conseguido la salvación. Aficiónense vuestros oídos al sonido, y desead aquella voz preclara cuando los ángeles os digan: “Dichosos aquellos cuyas iniquidades y pecados les han sido perdonados”, y cuan-

do como astros de la Iglesia entréis en el cielo con cuerpo y alma gloriosos.

16. Grande cosa es el Bautismo de que estamos tratando; es rescate para los cautivos, remisión de los pecados, muerte del pecado, regeneración del alma, esplendorosa vestidura, santa e indeleble señal, vehículo para ir al cielo, delicias del paraíso y don para obtener el reino y la adopción.

Por lo demás, el dragón está al acecho de todos los caminantes; guárdate, pues, no te muerda con la infidelidad, porque mira a muchos que se hacen salvos y busca a quién devorar. Vas a pasar al Padre de los espíritus, pero antes tienes que pasar por delante de aquel dragón. ¿Cómo, pues, le burlarás? Calza tus pies con la preparación del Evangelio de la paz, para que aunque te hinque el diente no te pueda herir. Ten fe segura, firme esperanza y fundamento fuerte para que por el mismo lugar ocupado por el enemigo pases hasta el Señor. Prepara tu corazón para recibir la doctrina y para la participación de los sagrados misterios. Ora frecuentemente y no ceses ni de día ni de noche para que Dios te haga digno de esos inmortales misterios; y cuando el sueño se aparte de tus ojos, tu alma vuelva a la oración. Si algún pensamiento torpe asalta tu alma, socórrate el recuerdo del juicio para que te sea aviso de salvación; y preocúpate en aprender otras cosas para que te olvides de esos malos pensamientos. Si vieres a alguno que te dice: ¿Vas a entrar allí para bajar al agua? ¿Acaso la moderna ciudad no tiene baños? Fíjate que éste es el marítimo dragón quien te lo dice, y no atiendas a estas voces, sino a la de Dios; guarda tu alma para que por ninguna artimaña puedas ser cogido, y así, perseverando en la fe seas heredero de la eterna salvación.

17. Nosotros, como hombres que somos, lo anunciamos y enseñamos, para que no construyáis nuestro edificio con pajas y palitos, no sea que cuando venga el incendio se queme toda la obra, sino más bien construid con oro y plata y con piedras preciosas. Mío es el decírtelo, pero tuyo el hacerlo, y de Dios el de perfeccionar la obra. Afirmemos nuestra alma y preparemos el corazón, ya que se trata de una lucha del espíritu y se nos promete un premio eterno. Porque poderoso es Dios (que conoce vuestros corazones, y distingue quién es sincero y quién es engañador); al sincero para guardarlo, y al hipócrita para hacerle fiel. Porque

Dios pudo cambiar el infiel en fiel con tal que le muestre el corazón. Borre El el decreto que está escrito contra vosotros, y se olvide de todos vuestros primeros pecados; os introduzca en su Iglesia y os aliste como soldados revistiéndoos de las armas de la justicia: El os llene de las cosas celestiales del Nuevo Testamento y os conceda el sello del Espíritu Santo, que nunca se borra, en Cristo nuestro Señor, a quien es debida la gloria por los siglos de los siglos.

AMEN

NOTAS

1. En muchas de las Iglesias los catecúmenos eran inscritos para el bautismo al medio de la Cuaresma; pero en Jerusalén, parece que se hacía al principio de la misma Cuaresma.

2. Estas palabras parecen estar dirigidas contra los Marcionitas, que enseñaban poderse recibir el bautismo hasta tres veces; y los Valentinianos y Donatistas que le admitían por segunda vez.

3. Todos los que se preparaban para el bautismo recibían antes los exorcismos, a fin de que el *hombre de pecado*, se fuera purificando y disponiendo hasta recibir finalmente el agua regeneradora.

4. He aquí las cuatro clases de enemigos a quienes San Cirilo se propone combatir en el curso de su Catequesis. A los paganos les combatirá, no con la Sagrada Escritura, sino ridiculizando sus fábulas y absurdas doctrinas. A los Samaritanos, descendientes de los Cuteos, les opondrá el Pentateuco, ya que ellos rechazaban todos los demás libros de la Biblia; y a los judíos todo el canon de los Libros Santos, más la autoridad de los Apóstoles, y de los primeros Obispos de Jerusalén, que eran todos de su misma raza.

5. Esta separación de hombres y mujeres parece que no estaba establecida en la Iglesia de Jerusalén; sin embargo, en todas las demás iglesias de Oriente y de Occidente existía esa regla, como ya se demuestra claramente en el libro de las Constituciones Apostólicas. (L. II, cap. III.)

6. San Cirilo se refiere aquí a la noche de la Vigilia Pascual: en la que los neófitos llevaban tantas antorchas, que por su luminosidad la noche casi vencía al día.

CATEQUESIS PRIMERA A LOS ILUMINANDOS

Invitación al Bautismo

Sobre las palabras: “Lavaos, poneos limpios y quitad la maldad de vuestras almas delante de mis ojos... (Isaías, I, 16).

1. Siendo ya discípulo del Nuevo Testamento y hechos participantes de los misterios de Cristo, ahora por la vocación, más tarde por la gracia, preparaos un nuevo espíritu y un nuevo corazón para que haya gozo en los cielos. Pues como dice el Evangelio, si por un pecador que se convierte se hace regocijo en los cielos, ¿cuánto más no se alegrarán los bienaventurados por la salvación de tantas almas?

Habiendo entrado en un ancho y hermoso camino, recorredle religiosa y piadosamente. Pues el Unigénito Hijo de Dios está interesadísimo por vuestra salvación, y os está diciendo: *“Venid todos los que trabajáis y estáis cargados que yo os aliviaré”*.

Y los que estáis cubiertos por el pernicioso vestido del vicio y amarrados por las cadenas de vuestros pecados, oíd la voz del Profeta que dice: “Lavaos, quedaos limpios, quitad la malicia de vuestra alma, delante de mis ojos, para que el coro de los ángeles pueda cantaros: “Dichosos aquéllos cuyas iniquidades les han sido perdonadas y borrados sus pecados”. Los que hace poco habéis encendido las lámparas de la fe, conservadlas encendidas en vuestras manos (1) para que Aquél que en este santísimo monte Gólgota abrió al buen ladrón las puertas del Paraíso, se digne concederos también a vosotros el cántico nupcial.

2. Si hay aquí alguno que sea esclavo del pecado, prepárese para recibir la santa regeneración de la adopción de los hijos, y desechada la pésima servidumbre del pecado, consiga la feliz esclavitud del Señor, para que sea digno de poseer la heredad del reino celestial.

Despojaos del viejo hombre que se corrompe en los deseos del vicio, por medio de la confesión, y vestíos el nuevo que es renovado según el conocimiento de Aquél que le creó. Recibid las arras del Espíritu Santo para que podáis ser recibidos en las eternas moradas; acercaos al místico sello para que un día podáis ser reconocidos por vuestro Amo; uníos a la santa y racional grey de Cristo para que más tarde, apartados a su diestra, consigáis la mansión que os está preparada, pues a los que todavía les queda la aspereza de los pecados (como en el cutis vellosa), éstos estarán a la izquierda, por no haberse acercado a la gracia de Dios que se concede por la regeneración del Bautismo.

Y no llamo regeneración a la del cuerpo, sino al nuevo nacimiento del alma espiritual, pues los cuerpos son engendrados por los padres, mas las almas, por la fe; según aquello de: *El Espíritu sopla donde quiere*. Y entonces si eres digno, es decir, cuando ya no tengas en tu conciencia ninguna mancha de simulación, entonces merecerás oír; *Bien está siervo bueno y fiel*.

3. Si alguno de los que aquí se hallan espera que ha de burlar la gracia de Dios, se engaña a sí mismo y no sabe la virtud de las cosas. Así es que cada uno tenga el alma sencilla y libre de engaño por Aquél que escudriña los riñones y el corazón.

Porque así como aquellos que alistan a los soldados les examinan sus cuerpos y estaturas, del mismo modo Dios, al hacer la selección de las almas, mira las voluntades; y si encuentra que alguno oculta la hipocresía, le rechaza como inepto para la verdadera milicia; mas si le encuentra digno pronto le concede la gracia. El no echa a los perros lo santo, sino que cuando ve un alma buena, allí pone su saludable y admirable sello, al que temen los demonios y reconocen los ángeles; de tal modo que aquéllos al verlo huyan abatidos y éstos le abracen como a un pariente y familiar.

Aquellos que reciben aquel espiritual y saludable sello es necesario que pongan también por su parte todo el empeño posible, porque así como a la pluma de escribir le es necesario el tra-

bajo del que la usa, así también la gracia necesita la cooperación de los creyentes.

4. No recibes armas corruptibles, sino espirituales, y entras en el paraíso racional, y se te da un nombre nuevo que antes no tenías.

Antes eras *catecúmeno*; ahora ya te llamas *fiel*: Injertado de un falso olivo, en otro bueno, eres trasplantado para dar buenas olivas, y de este modo, de los pecados a la justicia, de la impureza a la pureza. Eres hecho participante de la vid santa; y si permaneces en la vid crecerás como sarmiento fructífero; mas si no permaneces serás quemado por el fuego. Produzcamos buenos frutos, y ojalá no nos suceda lo que a aquella higuera infructuosa, que nos maldiga Jesús por nuestra esterilidad.

Y cada uno de nosotros diga esta sentencia: “Yo como un olivo fructífero de la casa de Dios, esperé en la misericordia de Dios para siempre”. Seamos como olivos no materiales, sino racionales, y que llevan consigo la luz. Así, pues, en Dios está el plantar y el segar, mas en ti el producir el fruto con su gracia.

En Dios está el conferir la gracia, pero en ti el recibirla y guardarla, y no desprecies la gracia porque se da de balde, sino guárdala religiosamente después de recibida.

5. El tiempo presente es tiempo de confesión. Confiesa todo lo que hiciste de palabra o de obra, de noche o de día.

Confiésate en el tiempo aceptable, y recibe el celestial tesoro en el día de la salvación.

Prepárate diligentemente para el tiempo de los exorcismos. Sé asiduo en ir a las catequesis, y guarda bien en la memoria cuanto allí se diga, porque las cosas se dicen no sólo para que las oigas, sino para que después de oídas las creas.

Borra de tu pensamiento todos los cuidados humanos, pues la carrera que has emprendido es del alma solamente; por lo tanto, abandona todo lo que sea del mundo. Estas cosas son muy exiguas en comparación de las muy grandes que el Señor concede: deja las cosas presentes y ten fe cierta en las futuras.

Tantos años como pasaste trabajando para venir a caer en las cosas del mundo y ahora, ¿no podrás dedicar cuarenta días para la oración en provecho de tu alma?

Desocupaos y conoced que yo soy el Señor, dice la Escritura. Omite en hablar muchas cosas inútiles, y ni tú murmures ni dejes

a otro murmurar libremente. Muestra por el ejercicio de una vida austera el nervio y la fuerza de tu alma.

Limpia tu vaso para que pueda recibir más gracia, pues la remisión de los pecados se concede a todos igualmente, pero la comunicación del Espíritu Santo se concede según la proporción de fe de cada uno. Si trabajases poco, poco recibirás; mas si tu trabajo fuese grande, grande será también tu recompensa. Mira que para ti corres y para ti es la conveniencia.

6. Si tienes algo contra alguno de tus hermanos, perdónale, pues ya que tú vas a recibir el perdón de tus pecados es conveniente que perdones al que también pecó. Porque de lo contrario, ¿con qué cara vas a decir al Señor: perdóname mis muchos pecados, cuando tú no quieres perdonar los pocos a tu consiervo?

A las Sinaxis (o sagradas reuniones) no faltes; y esto no sólo ahora, cuando los clérigos te lo exigen, sino también después de recibido el bautismo. Porque si antes de recibirle era eso bueno y conveniente, ¿dejará de serlo después que le recibiste? Si antes de plantar era bueno regar y cultivar la tierra, ¿no será mucho mejor después de hecha la plantación? En estos días principalmente sostén el combate por tu misma alma. Aliméntala con las lecciones divinas, pues el Señor te ha preparado una mesa espiritual. Di con el salmista: “El Señor me apacienta y nada me faltará; me colocará en lugar abundante de pastos y de aguas de remansos, y transformará mi alma”, para que los ángeles se alegren juntamente, y el mismo Cristo, gran príncipe de los sacerdotes, teniendo seguro el propósito de vuestra voluntad, ofreciéndose al Padre, le diga: *He aquí con los hijos que Dios me dio*, el cual os guarde a todos los que le agradáis. A El sea la gloria y el imperio por los siglos infinitos.

AMEN

NOTA

1. Los catecúmenos admitidos al bautismo llevaban lámparas encendidas en las manos, que era el símbolo de la fe que debían conservar.

SEGUNDA CATEQUESIS A LOS ILUMINADOS DE LA PENITENCIA

Sobre las palabras: “La justicia recaerá sobre el justo y la impiedad sobre el impío; y el malvado si se convierte de todas sus iniquidades”... (Ezeq. XVIII, 20.)

1. Mala cosa es el pecado y cruel enfermedad la iniquidad del alma, pues ésta rompe sus nervios y la prepara al fuego eterno. El mal es espontáneo y germen de la inducción voluntaria del alma. Pues que nosotros pequemos libremente nos lo muestra bien claro el profeta cuando dice: “Yo te planté como una viña fructífera y toda verdadera; mas, ¿cómo te has vuelto amarga, viña ajena?” La plantación fue buena, pero el fruto malo; y malo por propia voluntad; por lo tanto, el que la plantó está libre de culpa, y la viña será echada al fuego, porque plantada para el bien, dio frutos voluntariamente para el mal.

Dios hizo al hombre recto, dice el Eclesiastés; pero él comenzó a buscar muchas novedades. Y el Apóstol dice: Nosotros somos hechura suya y creados para el bien. Así, pues, siendo el Creador bueno, todo lo crea para el bien; mas la cosa creada, por su propio capricho, se convirtió al mal.

Como hemos dicho, grave es el pecado, pero no incurable; es grave para aquel que le retiene, pero de fácil curación para aquel que le quiere dejar por la penitencia.

Suponte que uno tiene fuego en la mano: mientras tiene el carbón claro es que se quemará, mas si arroja el carbón quita juntamente con él la causa de la quemadura. Y si alguno piensa que aun pecando, él no se quema, oiga lo que dice la Escritura:

“¿Acaso podrá alguien guardar fuego en el bolsillo sin que se le queme el vestido?”, pues el pecado abrasa los nervios del alma.

2. Pero alguno dirá: ¿Qué es el pecado? ¿Es acaso un animal o un ángel o un demonio? ¿Cuál es su causa? Ciertamente no es un enemigo que te invade exteriormente, sino que es una mala semilla que nace de ti.

Mira siempre con ojos rectos y no te invadirá la pasión. No quites lo ajeno y no existirá en ti la rapiña; acuérdate del juicio, y no se aprovechará de ti ni la lascivia, ni el adulterio, ni el homicidio, ni otra cosa semejante a eso. Mas si te olvidas de Dios, pronto comenzarás a manar de la fuente de los males.

3. Mas no creas que eres tú solo el autor de esa cosa mala; está también el demonio como consejero y autor a la vez. Este a todos les quiere persuadir, pero no puede obligar a la fuerza a los que no le quieren secundar. Por esto dice el Eclesiastés: “Si el espíritu que tiene poder quisiera prevalecer sobre ti, no le cedas tu lugar”. Ciérrale las puertas, apártale de ti y no te dañará. Mas si recibes la semilla del deseo malo en ti se aumentará con el recuerdo de los pensamientos, echará luego raíces, vencerá a tu alma y te meterá hasta lo profundo del mal. Pero tú me dirás: Soy fiel y no me vencerá el demonio. ¿No sabes que la raíz metida en la piedra muchas veces la rompe? No recibas la semilla que podrá corromperte la fe, sino arráncala de raíz antes que florezca; no sea que por descuidarte al principio tengas que recurrir después al hacha y al fuego. Cuando comiencen a dolerte los ojos, cúratelos pronto, no sea que luego tengas que llamar al médico.

4. El diablo es el rey del pecado, y el padre de los malos. Esto no lo digo yo, lo dice el mismo Jesucristo por estas palabras: “Desde el principio está pecando el diablo”, de modo que nadie pecó antes que él. Y pecó, no porque su naturaleza le obligase a pecar, porque entonces el pecado sería culpa del Creador, sino que a pesar de haber sido hecho bueno, él se convirtió en diablo, tomando el nombre de sus obras. Pues siendo arcángel fue llamado diablo, o *calumniador*, por su oficio de calumniar, y de siervo bueno de Dios se convirtió en Satanás, o enemigo que esto es lo que Satanás significa (1).

Y esto que digo no es doctrina mía, sino que ya nos lo dice el profeta Ezequiel: “Tú fuiste creado en el paraíso como un sello de semejanza y corona de hermosura”. Y un poco más adelante: “En

el principio de tus días fuiste creado irreprochable, hasta que fueron halladas en ti las iniquidades”. Y estas iniquidades no te vinieron de fuera, sino que tú mismo engendraste el mal. “Y por tus pecados fuiste herido, y te arrojé en tierra”. El mismo Señor dice también en el Evangelio: “Veía a Satanás como un rayo que caía del cielo a la tierra”.

¿No ves cómo concuerdan el Viejo y el Nuevo Testamento?

Y al caer él se llevó a muchos consigo; él es quien sugiere malos deseos a los que le obedecen, y de ahí nacen los adulterios, las lascivias y todo cuanto hoy es malo.

Por él desobedeció nuestro primer padre y cayó, y en lugar del paraíso que espontáneamente producía los frutos, recibió la tierra productora de espinas.

5. Pero dirá alguno: ¿Es que ya hemos perecido completamente? Tremenda cosa es el pecado, ¿pero no habrá alguna salvación? Hemos caído, ¿pero no podremos levantarnos? Nos hemos quedado ciegos, ¿pero no habrá todavía esperanza de recobrar la vista? Estamos cojos, ¿pero no podremos andar más? Y, para terminar, en pocas palabras: estamos muertos, ¿y no habrá lugar a una resurrección? ¿Pero es que el que resucitó a Lázaro, que llevaba ya cuatro días muerto y olía mal, no nos podrá devolver a la vida? El que derramó su sangre preciosa por nuestra causa, ¿no nos podrá librar del pecado? No desesperemos, hermanos, de nuestra salud, ni decaigamos de ánimo pues cosa cruel es no esperar en la esperanza de la penitencia. El que desespera de la salud, acumula mayores males; en cambio, el que confía en sanar fácilmente lo consigue y lo alcanza. El ladrón que no espera el perdón, aún se ensorberbece más; pero el que confía, la mayor parte de las veces vuelve a la penitencia.

Hasta la culebra suele quitarse la piel vieja, ¿y nosotros no vamos a dejar el pecado? La tierra cubierta de cardos, por el trabajo del labrador, se convierte en tierra feraz, ¿y nosotros cultivados con la doctrina no nos hemos de hacer mejores?

La naturaleza siempre es capaz de salvación; solamente se requiere la voluntad.

6. Dios es amante, y muy amante de los hombres.

Y tú no digas: fui adúltero y lascivo y cometí grandes pecados: ¿acaso me podrá Dios perdonar? Oye lo que dice el Salmista: “¡Cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, Señor!”

Por muchos que sean tus pecados no podrán superar las misericordias de Dios, así como las heridas no pueden vencer la ciencia del médico. Entrégate plenamente confiado, descubre tu mal al médico y di con el Profeta David: “Anunciaré contra mí mismo mi pecado al Señor, y tú me perdonarás la impiedad de mi corazón”.

7. Tú que recientemente vienes a las catequesis y no crees plenamente en las palabras de la Escritura, ¿quieres ver la misericordia de Dios? ¿Deseas ver cómo otros han conseguido su salvación, para que creas que a ti te puede suceder lo mismo? ¿Quieres palpar la gran clemencia de Dios?

Adán, el primero que fue creado por Dios, no fue obediente; y Dios le podía haber castigado inmediatamente con la muerte; pero acordándose de su bondad sólo se contentó con expulsarle del paraíso, y le colocó en una región para ver si se podía salvar por la penitencia. El fratricida Caín, inventor de los males y de las muertes, el primer envidioso y criminal, ¿con qué pena es castigado? “Andarás sobre la tierra temeroso y lloroso”. Pequeño castigo para tan gran pecado.

8. Pero esta clemencia de Dios, aún es pequeña: piensa en lo que sucedió cuando Noé. Habían pecado los gigantes y con tan grandes pecados, que se requería la venida del diluvio. Quinientos años tenía Noé cuando Dios se lo anuncia, y seiscientos cuando le envió. ¿Ves la grandeza de la clemencia de Dios alargada por cien años más, cuando podía haber dado el castigo en el momento de decirlo? Pero El quiso retrasarlo a propósito, para dar lugar a la penitencia. ¿No ves aquí la bondad de Dios? Ojalá aquéllos hubiesen hecho penitencia y hubieran experimentado la clemencia de Dios.

9. Ven ahora a ver a otros que también consiguieron la salvación, aun del número de mujeres. Tú quizá has fornicado, has manchado tu cuerpo y te has hecho inútil para todo. ¿Acaso, dirás, podré salvarme? Considera, mujer, el ejemplo de Rahab, y confía en salvarte. Porque aquella que profesó públicamente la prostitución se salvó. ¿Y cómo se salvó? Creyendo: solamente dijo: “Dios vuestro, Dios del cielo y de la tierra”; y dijo: “Dios vuestro”, porque por sus impurezas tuvo vergüenza de llamarle “suyo”. Pues tú imítala a ésta, y también te salvarás. ¿Quieres conocer algunos testimonios de que ésta se salvó? En los salmos

está escrito: “Me acordaré de Rahab y de Babilonia”. ¡Oh gran consejo y bondad de Dios, que aun en las Sagradas Escrituras se acuerda de las meretrices! Porque no dijo de Rahab y de Babilonia, sino que añadió: “Para los que me conozcan”. Así, pues, la salvación está igualmente al alcance de los hombres y de las mujeres.

10. Aunque todo el pueblo llegase a pecar, aun así no podría vencer a la misericordia de Dios. El pueblo de Israel hizo un becerro de oro, pero a pesar de esto Dios no desistió de su bondad. Los hombres negaron a Dios, pero El se negó a sí mismo. “Estos son tus dioses, oh, Israel”; pero Dios continuó siendo su Salvador. Mas no solamente pecó el pueblo, sino hasta el sumo sacerdote Aarón, pues el mismo Moisés dice: “También el Señor se enfadó contra Aarón, y oré por él y Dios le perdonó”. De modo que Moisés aplacó al Señor, en gracia del sumo sacerdote; y el Hijo Unigénito de Dios, ¿no le podrá ganar con sus ruegos? Después del pecado no le prohibió a Aarón el que llegase a ser sumo sacerdote; y a ti, que vienes de los gentiles, ¿te va a prohibir el que te salves? Tú haz igualmente penitencia, y no se te negará la gracia. Muéstrate irrepreensible, porque Dios es verdaderamente misericordioso, y aún no bastarían todos los siglos para contar sus misericordias. Y aunque se juntasen todas las lenguas no podrían explicar ni una parte mínima de su bondad. Nosotros decimos algo de lo que se halla escrito; pero no sabemos cuánto les ha perdonado a los ángeles, pues a ellos también les perdona (2), ya que solamente uno está libre de pecado, Jesús, que nos ha limpiado de nuestros pecados. Pero de ellos, es decir, de los ángeles, ya hemos dicho bastante; ahora vengamos a lo que nos resta.

11. ¿Quieren aún más ejemplos de penitencia? ¿Deseas conocer al bienaventurado David? Pues tómale como ejemplo de penitencia. Cayó aquel poderoso porque estando paseando en la terraza, después de la siesta de la tarde, miró incautamente y sintió la debilidad humana. Cometió un pecado perfecto; mas no por eso pereció juntamente la integridad de su hermosa alma. Vino el profeta Natán como reprensor y pronto médico, diciendo: “Dios está enojado porque pecaste”. Y esto se lo decía un privado al mismo rey. Sin embargo, el insigne rey no se envalentonó con la soberbia, pues no atendía al que hablaba, sino a la persona que lo enviaba; ni se enorgulleció con los muchos soldados que le rodea-

ban, porque veía al ejército de los ángeles, y viendo al Invisible se aguantó. Y respondiendo al Profeta, o más bien a Dios, por medio del Profeta, dijo: “Pequé al Señor” Ya ves la sumisión y la confesión del rey. ¿Es que acaso se había convencido por alguno? ¿Es que estaban muchos enterados? El pecado había sido una cosa rápida, el Profeta no estuvo presente, ni nadie que le pudiese convencer; sin embargo, él confiesa su pecado. Mas porque él confesó tan sencillamente su falta, recibió una prontísima curación. De nuevo le dijo Natán: “El Señor ya te ha perdonado tu pecado”. Mira el prontísimo cambio del Dios que ama a los hombres. Sin embargo, le dice: “Irritando, irritaste a los enemigos del Señor. Por tu santidad tenías muchos enemigos; pero te protegía la castidad; mas luego que perdiste esta principal defensa, tienes otros muchos dispuestos a levantarse contra ti, porque los has irritado con tu pecado.”

12. Y él, aunque le había dicho el Profeta: “El Señor te ha perdonado tu pecado”, no por eso se apartó de la penitencia, a pesar de ser rey. Y así se vistió de saco en vez de la púrpura, y en vez del trono se sentó en la tierra y en la ceniza. Su alimento era la ceniza, como él mismo dice: “Comía la ceniza como si fuera pan”. Y consumió con las lágrimas al ojo reo del mal deseo. Sus hijos le rogaban que comiera pan, mas él no les hacía caso; y así alargó su ayuno hasta el séptimo día.

Así se confiesan culpables los reyes; ¿y tú no deberás hacer otro tanto? Después de la rebelión de Absalón, a pesar de tener muchos caminos para darse a la fuga, escogió el del Monte de los Olivos, como para invocar al Libertador. Y cuando le maldecía Semeí no hacía otra cosa que decir: “Dejadle para que Dios vea mi humillación”.

13. Ya ves que el confesarse es cosa buena y que hay una esperanza de salvación.

También Salomón cayó; pero, ¿qué es lo que dice? “Después hice penitencia”. Acab asimismo fue un malvado, pues adoraba a los ídolos, había matado a los profetas, no tenía ningún sentimiento de piedad y robaba las haciendas ajenas. Pero cuando mató a Nabuteo y vino el profeta Elías solamente con amenazas, al punto se vistió de saco y rasgó sus vestiduras; y ¿qué le dijo Dios a Elías? “Mira cómo se ha humillado Acab ante mi vista”, sin duda como para calmar al fogoso profeta y para inclinarle a la

misericordia, pues a continuación dice: “No permitirá que sucedan males sus días” Mas Acab, después de obtener el perdón, no se apartó del pecado. Y con todo eso Dios le concedió absolutamente el perdón, a pesar de conocer el futuro, pues miró simplemente a darle lo que convenía por el momento. Porque es propio del juez justo el dar sentencia de cada una de las cosas que ocurren.

14. De nuevo estaba Jeroboán ante el altar de los ídolos; mas como había mandado apresar al profeta, su mano se le quedó seca. Y conociendo por esta experiencia la autoridad de aquel que había venido a sí, le dice: “Ruega al Señor para que se me restituya la mano”. Porque Jeroboán había dicho “ruega”, el profeta le curó; ¿y Cristo no podrá sanarte a ti?

Perversísimo fue también Manasés, aquel que mató a Isaías, y habiendo sido llevado cautivo a Babilonia, recibió de sus enemigos el justo castigo de su impiedad. Mas de él, ¿qué dice la Escritura? Humillóse Manasés y se confesó al Señor, el cual, oyéndole benignamente, le restituyó a su reino. De modo que el que había dividido por medio al profeta encontró la salvación por la penitencia; ¿y tú desconfiarás todavía?

15. ¿Quieres conocer aún cuán fuertes son las armas de la penitencia y cuánto vale la confesión contra los enemigos? Ezequías, por medio de la penitencia, derrotó a ciento ochenta y cinco enemigos. Y aun esto es cosa pequeña, si consideramos que llegó a revocar la sentencia de Dios dada contra él. Pues encontrándose una vez enfermo le dijo el profeta Isaías: “Vas a morir y no vivirás más”. Con estas palabras ciertamente no había más esperanza de curación. Mas él no se apartó de la penitencia, sino que acordándose de lo que está escrito: “Cuando gimas convertido hallarás la salvación”, volviéndose de cara a la pared y levantando su alma al cielo por la oración, dijo: “Señor, acuérdate de mí, pues para curarme sólo hace falta que te acuerdes, pues Tú no estás sometido al tiempo y eres el árbitro absoluto de la vida, porque la razón de nuestra existencia no está sometida al nacimiento y compleción de los astros, sino a tu voluntad”. Y aquel que ya se le había hecho desesperar de la vida, se le alargó quince años más, y como señal de esto el sol retrocedió diez grados.

Por la muerte de Jesús el sol se oscureció, no retrocediendo, sino apagándose y mostrando así la diferencia de ambos, y si

aqué! pudo revocar la sentencia de Dios, ¿Jesús no ha de poder otorgar el perdón de los pecados?

Apártate tú también y gime; cierra la puerta y ruega que se te perdone y se apaguen las llamas que te abrasan. Porque la penitencia puede apagar el fuego y amansar hasta los leones.

16. Y si desconfías aún, piensa lo que les ocurrió a Ananías y a sus compañeros; fíjate qué fuentes no habría en el horno de fuego y cuál no sería la fuerza del agua para poder apagar unas llamas que subían cuarenta codos; pero lo que ocurrió fue que allí donde sobresalían más las llamas, allí se derramó una fuente mayor de penitencia al decir ellos: “Justo eres en todo lo que has hecho con nosotros”, y también: “Hemos pecado, hemos traspasado tus mandatos y hemos obrado mal”. Ahora bien: si la penitencia pudo apagar las llamas del horno, ¿dudas tú que pueda extinguir el fuego del infierno?

Pero quizá pueda decirme alguno muy diestro en responder que lo que llevamos dicho no viene muy a cuento para nuestro propósito. Porque si Ananías y sus compañeros tuvieron este poder, fue precisamente porque no quisieron adorar al ídolo; y entonces sí que le doy la razón; pero confiando en la abundancia de ejemplos me iré a otro más patente y claro.

17. ¿Qué opinión tienes tú acerca del rey Nabucodonosor? ¿No has oído por las Sagradas Escrituras que era un impío, cruelísimo en sus costumbres y de una fiera leonina? ¿No oíste que sacó los huesos de los reyes fuera de sus sepulcros? ¿Que redujo a su pueblo a la esclavitud, que sacó los ojos del rey después de ver el espectáculo de la degollación de sus mismos hijos? ¿No oíste también que despojó a los querubines, no digo a los querubines del cielo, sino a los que estaban en el templo puestos sobre el propiciatorio del Arca, en medio de los cuales hablaba Dios?

Pues ese mismo Nabucodonosor fue el que quitó el velo del Santuario, destruyó el altar, tomó los vasos y los trasladó al templo de los ídolos, y, finalmente, abrasó el mismo templo en llamas.

Por todas estas cosas, ¿de cuántos suplicios no era digno y cuántas muertes merecía?

18. Pues si has visto ya el número y magnitud de sus crímenes, mira ahora la inmensa bondad de Dios. Aquel cuya índole era felina y cruel fue convertido y hecho semejante a una fiera, no

ciertamente para que así pereciese, sino para que se salvase por medio de la penitencia. Le nacieron uñas de ave de presa, porque había sido raptor de las cosas santas; tuvo melena de león, porque fue como un león rugiente; comió la hierba como un buey, porque al subir al trono de su reino sin saber lo que era ser rey se hizo semejante al jumento, y, finalmente, su cuerpo se cubrió de rocío, porque después de haber visto en medio del horno en que metió a Ananías y a sus compañeros, se produjo un viento fresco como el rocío; no lo quiso creer. Pero con todo esto, una vez corregido, hizo penitencia, como él mismo dice: “Yo, Nabucodonosor, levanté mis ojos al cielo, bendije al Altísimo y alabé al que vive por todos los siglos”. Y porque había estado castigado durante muchos años alabó al que vive por los siglos, confesó al que le había dado el reino y reconoció al Rey de Reyes, y a pesar de haber faltado de obra en muchas cosas, solamente por haber confesado su vida de palabra llegó a experimentar la inefable clemencia de Dios. El que había sido el más pecador de todos, por justos juicios de Dios y por la benignidad del que le castigó, subió de nuevo con la regia corona al solio del Imperio.

19. Si hay aquí alguno de entre vosotros que sea pagano, si alguna vez ha blasfemado de Cristo o de nosotros, y que en tiempo de persecución haya perseguido a las iglesias, mire como ejemplo de salvación el de Nabucodonosor; confiésese del mismo modo que él, para que pueda recibir un semejante perdón. Si alguno con malos deseos se halla encenagado en los vicios, acójase a la penitencia del santo rey David; y si ha renegado como Pedro, muera con nueva lucha por el Señor Jesús. Pues Aquel que no quitó el honor del Apostolado al que lloró, no te quitará tampoco a ti los misterios del Evangelio.

20. Mirando, pues, a la gran clemencia de Dios, llenémonos todos de una santa esperanza; no para que volvamos de nuevo a los mismos pecados, sino para que alcanzada la redención y haciendo obras dignas de la gracia podamos borrar el decreto escrito contra nosotros por medio del poder del Unigénito Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, a quien juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo le es debida la gloria, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos (3).

AMEN

NOTAS

1. La palabra griega *diábolos*, diablo, viene del verbo: *dia ballein*, que significa: *calumniar*.

2. Aquí se refiere San Cirilo a los ángeles buenos; pues aunque no sabemos cómo los ángeles pueden pecar, ni creemos que ésta fuese sentencia suya; sin embargo, puede ser que el Santo Obispo recibiese esta opinión, o de Orígenes, o de las fuentes de donde Orígenes la sacó; es decir, de los capítulos II y III del Apocalipsis en los que Cristo echa en cara algunos pecados a los ángeles de las iglesias de Asia.

3. En la edición del P. Touttée, existe otra versión de esta segunda catequesis; las dos coinciden casi en todo excepto en algunos párrafos; lo cual es debido seguramente a que al improvisar el Santo la catequesis en las mismas circunstancias, a veces se alargaba más o menos, según la inspiración del momento.

TERCERA CATEQUESIS A LOS ILUMINANDOS

Del Bautismo

Sobre las palabras: “¿Por ventura ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús lo hemos sido en su muerte? Hemos sido sepultados con El con el bautismo de la muerte”. (Rom., VI, 3-4.)

1. Alegraos, cielos, y regocíjese la tierra por aquellos que han de ser aspergeados y lavados con el hisopo intelectual en virtud de Aquél que en el tiempo de la Pasión sufrió los tormentos del hisopo y de la caña.

Alégrense las Virtudes de los cielos, y las almas que se han de desposar con el divino esposo, prepárense, porque ya suena la voz del que clama en el desierto: “Preparad los caminos del Señor”. Aquí no se trata de una cosa pequeña y sin importancia, como suelen ser los acostumbrados y temerarios casamientos, sino de una selección de cada uno de vosotros que hará el Espíritu que todo lo ve, según la fe de cada cual. Porque los matrimonios del mundo y los contratos, no siempre se hacen con justicia, sino que allí donde se encuentran las riquezas o la hermosura, allí se inclina el esposo sin tardar; mas aquí, no donde hay hermosura corporal, sino donde está el alma de conciencia pura; aquí, no donde están condensadas las riquezas, sino donde hay almas ricas de virtudes y piedad.

2. Escuchad a Juan, que os dice clamando: “Dirigid los caminos del Señor”, es decir, quitad todos los impedimentos y

estorbos del camino para que podáis marchar por senda recta a la vida eterna. Tened limpios y puros los vasos de vuestra alma, para cuando tengáis que recibir al Espíritu Santo. Comenzad por lavar con la penitencia vuestros vestidos, para que al ser llamados al tálamo del esposo veáis encontrados limpios.

Porque el esposo, como es muy liberal, llama a todos sin distinción, y por medio del pregonero les recoge a todos; mas luego él mismo va escogiendo a aquellos que han de entrar en las bodas del bautismo. Pero tened cuidado, no sea que alguno de los que han dado su nombre tenga que oír aquello de: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí, no teniendo el traje de boda?” Sino que ojalá oigáis todos lo del Evangelio: “Bien, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te haré señor de mucho; entra en el gozo de tu Señor.”

Hasta ahora habéis estado fuera de la puerta, y ojalá que todos podáis decir: “El rey me ha introducido en su cámara, alégrese, pues, mi alma en el Señor, porque me ha revestido de una túnica de salvación y de alegría; como a un esposo me ha puesto una diadema y como a esposa una corona”.

Que vuestra alma sea hallada sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante; y esto no digo, antes que consigáis la gracia (porque precisamente habéis sido llamados para la remisión de vuestros pecados), sino que cuando se os haya de dar, vuestra conciencia no se oponga con su impureza a los efectos de la gracia.

3. Gran cosa es ésa, hermanos, y os debéis acercar a ella con especial cautela. Mirad que cada uno de vosotros ha de ser presentado ante Dios, estando presentes muchos miles de ejércitos de ángeles. El Espíritu Santo ha de sellar vuestras almas para ser llamados a la milicia del gran rey. Así que estad preparados e instruidos; no vistiendo blancos vestidos materiales, sino la piedad del alma conocedora de sí misma. No atiendas a la acción del lavatorio como si fuese con un agua común y sencilla, sino espera la gracia que se da juntamente con el agua. Porque así como todo aquello que se ofrece en las aras de los ídolos, aunque de suyo son cosas naturales y comunes, mas con la invocación de los ídolos se vuelven contaminadas, del mismo modo pero en otro sentido, el agua al recibir la invocación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, recibe la fuerza de la santidad.

4. Porque siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo se le da una doble ablución: una espiritual, para el alma, y otra corporal, para el cuerpo. Porque así como el agua limpia el cuerpo, así el Espíritu sella el alma, para que limpio el corazón por el Espíritu, y el cuerpo por el agua pura, podamos así acercarnos a Dios. Así, pues, todo el que ha de descender al agua que no mire la vileza del elemento, sino a recibir la salud por la eficacia del Espíritu Santo, porque sin estas dos cosas no podrá recibir la perfección. Y no soy yo quien digo esto, sino el mismo Jesucristo, que tiene el poder sobre todo, pues dice: "Si alguno no naciere de nuevo, por medio del agua y del Espíritu, no podrá entrar en el reino de Dios", y aquel que es bautizado con el agua, pero no llega a recibir al Espíritu Santo, no consigue la gracia perfecta, y aunque alguno estuviera bien instruido en las obras de las virtudes, mas no llega a recibir el bautismo, tampoco podrá entrar en el reino de los cielos. Atrevida parece ser esta afirmación; pero ved que no es mía, sino del mismo Jesús, y cuya declaración puedes leer en la Sagrada Escritura. Cornelio era un varón que había sido digno de tener la visión de los ángeles, y que había elevado a Dios sus preces y limosnas; llegó Pedro a su casa y el Espíritu Santo fue infundido en los creyentes de tal modo, que hablaban en otras lenguas y profetizaban; mas después de esta gracia del Espíritu Santo dice la Escritura: "Mandóles Pedro que se bautizaran en el nombre de Jesucristo, para que ya que el alma estaba regenerada por la fe, el cuerpo también recibiese la gracia por el agua".

5. Y si alguno quiere saber por qué la gracia se da por el agua y no por otros elementos, lo encontrará examinando las Escrituras. Gran cosa es el agua, y de los cuatro, uno de los más hermosos elementos. Porque la morada de los ángeles es el cielo, y los cielos se componen de agua, y la morada de los hombres es la tierra, que también se compone de agua, y antes de la formación de las cosas creadas que se llevó a cabo en seis días, el Espíritu del Señor andaba sobre las aguas. El principio del mundo es el agua, y el principio de los Evangelios, el Jordán. La libertad del pueblo de Israel de la esclavitud de Faraón se llevó a cabo por el mar, y la libertad de los pecados se consigue por medio del bautismo de agua, en la palabra de Dios. Y siempre que en la Escritura se habla de pacto vemos que interviene siempre el agua. Así, la

alianza con Noé se hizo después del diluvio; con el pueblo de Israel en el Monte Sinaí, se hizo con el agua, con la lana de púrpura y el hisopo. Elías fue arrebatado, pero no sin el agua, pues primero pasó el río Jordán y después fue subido al cielo en un carro tirado por caballos. El sumo sacerdote, primeramente se lava, y, después, ofrece el incienso; del mismo modo que Aarón fue primero lavado y después hecho sacerdote. Porque, ¿cómo habría de orar por los otros si no se halla antes limpio por el agua? Figura del bautismo era la fuente de bronce puesta en el atrio del tabernáculo.

6. El bautismo es el fin del Viejo Testamento y el principio del Nuevo. Pues el primer autor fue Juan, del cual se dice que entre los nacidos de mujer ninguno mayor que él; y que además es el último de los profetas, según aquello de: “Todos los profetas y la ley, hasta San Juan”, y, por lo tanto, el principio de las cosas evangélicas es también el mismo. Pues está escrito que el principio del Evangelio de Jesucristo, y de todo lo que sigue, es Juan bautizando en el desierto.

Y si queremos compararle con Elías Tesbites, el que fue arrebatado al cielo, aún es mayor que él San Juan Bautista. Trasladado fue también Enoch, pero tampoco por eso es mayor que Juan. Grande fue Moisés y legislador, y admirables todos los demás profetas, pero no mayores que Juan. Y téngase en cuenta que yo no quiero poner en pugna a unos profetas con otros, sino que el mismo nuestro Señor Jesucristo, comparándolos a todos, pronunció estas palabras: “Entre los nacidos de mujer no ha habido nadie mayor que Juan”, y fijarse que no dice: *entre los nacidos de virgen*, sino de *mujer*. La comparación se puede dar entre los grandes siervos y los consiervos; pero entre los hijos y los siervos hay una distancia incomparable. ¿Quieres ver a qué gran hombre eligió Dios para ser el conductor de esta gracia? Pues fue uno que no poseía nada, que amaba la soledad, pero no huía del consorcio humano; que comía langostas y ponía alas a su alma; que saciaba el hambre con miel; que estaba vestido con una piel de camello y mostraba en sí mismo el ejemplo de una vida ascética; que, finalmente, fue santificado por el Espíritu Santo desde el vientre de su madre. También Jeremías fue santificado del mismo modo; pero no profetizó desde el vientre de su madre.

Solamente Juan, encerrado en el útero, dio saltos de gozo, y a pesar de no ver al Señor con los ojos corporales, le reconoció en su espíritu.

Y porque la gracia del bautismo había de ser grande, por eso necesitaba de un autor también grande.

7. Juan bautizaba en el Jordán y toda Jerusalén se iba con él para disfrutar de los principios del bautismo; de modo que las prerrogativas de todos los bienes siempre se dan a Jerusalén.

Reconoced, pues, vosotros los de Jerusalén, cómo aquéllos salían y eran bautizados por él, “confesando antes sus pecados”.

Primeramente mostraban sus heridas; después él ponía sus medicinas y libraba del fuego eterno a los que creían. Y si quieres probar cómo el bautismo de Juan libraba de las amenazas del fuego eterno, oye lo que él dice: “Raza de víboras, ¿quién os enseñará a huir de la ira venidera?” No seas tú más tiempo víbora; y si algún día fuiste también de la familia de las víboras, ahora quítate el vestido de la anterior vida de pecado (1).

Todas las serpientes, cuando llegan a las angustias de la vejez, se remozan de nuevo; y despojándose de la piel antigua, por medio de rozaduras, aparecen rejuvenecidas con un cuerpo nuevo. Pues así tú, entra por la estrecha y comprimida puerta y adelgazándote por medio del ayuno evitarás tu perdición. Despójate del hombre viejo, con todos sus actos, y di aquello del Cantar de los Cantares: “Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la volveré a poner?”

Y quizá haya entre vosotros alguno que sea hipócrita y engañador de los demás que aparente muy piadoso y en su interior no crea nada; y que imitando la hipocresía de Simón Mago se acerque a la gracia, no para recibirla, sino para explorar vanamente lo que se da. Y éste oiga lo que dice Juan: “Ya está puesta la segur a la raíz del árbol, pues todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego”. El juez es inexorable, quita, pues, toda simulación.

8. ¿Qué es, pues, lo que hay que hacer? ¿Y qué frutos de penitencia son esos? “El que tenga dos túnicas dé una al que no tiene.” (Digno de creer era aquel doctor cuando él obraba primero lo que enseñaba, no teniendo por eso vergüenza de hablar y decir las cosas tal como las sentía.) “Y el que tenga qué comer, repártalo con los demás”. Porque tú querrías gozar de la gracia del Espíritu Santo, ¿y no quieres dar nada de alimento a los pobres? ¿Buscas cosas grandes, y no comunicas las pequeñas? Aunque hayas sido publicano o fornicario, espera la salvación, pues está

escrito: “Los publicanos y meretrices os precederán en el reino de Dios”. De esto también da testimonio el mismo Pablo cuando dice: “Ni los fornicarios, ni los que sirven a los ídolos, ni los demás que les siguen, poseerán el reino de Dios, y esto ciertamente algunos lo fuisteis, pero ya habéis sido lavados y santificados”. No dice: “algunos lo sois”, sino que “algunos lo fuisteis”. El pecado cometido con ignorancia tiene perdón; mas el que persevera en la maldad, éste es el que se condena.

9. Tienes una glorificación del Bautismo en el mismo Hijo de Dios. Porque, ¿qué más elogios voy a hacer del nombre? Grande era Juan, mas ¿qué comparación puede tener con el Señor? Alta era la voz, pero ¿qué tiene que ver con el Verbo? Preclaro era el heraldo, pero ¿qué diferencia con el rey? Santo era el que bautizaba con el agua, pero ¿cómo se puede comparar con el que bautizaba en el Espíritu Santo y en el fuego?

En el Espíritu Santo y en fuego bautizó Jesucristo a sus Apóstoles cuando “sonó de repente un sonido, como de un impetuoso viento, que llenó toda la casa donde estaban sentados, y se les aparecieron unas como lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos y fueron todos llenos del Espíritu Santo”.

10. Quien no recibe el bautismo no puede salvarse; excepto los santos mártires, que aun sin el agua alcanzan el cielo. Pues el Salvador que redimió al mundo por la cruz emitió de su costado abierto sangre y agua, para que unos, en el tiempo de paz, fuesen bautizados con el agua, y otros, en tiempo de persecuciones, con su propia sangre.

Porque también acostumbra el Salvador a señalarnos el martirio con el nombre de bautismo, como cuando decía: “¿Podéis beber el cáliz que yo bebo y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” Y los mártires, ciertamente, dan testimonio del mundo, de los ángeles y de los hombres: y tú también lo darás pronto; pero aún no es tiempo de que oigas esto.

11. Jesús santificó el bautismo cuando El mismo fue bautizado. Ahora bien; si el Hijo de Dios se bautizó, ¿acaso se puede, sin cometer un sacrilegio, despreciar el bautismo? Y se dejó bautizar, no para adquirir el perdón de los pecados (que no los tenía), sino para conferir la gracia divina y la dignidad a los que se habían de bautizar después. Pues así como los Apóstoles recibieron su carne, y su sangre, y El mismo participó de esas cosas, para que

hechos participantes de su corporal presencia participásemos de su divina gracia, del mismo modo fue bautizado Jesús, para que después haciendo nosotros lo mismo que él, consiguiésemos juntamente con la salvación el honor.

Según Job, el dragón habitaba en las aguas; aquel que era capaz de recibir todo el Jordán en su boca. Mas para quebrantar las cabezas del dragón, Jesucristo, bajando al agua, encadenó al fuerte, para que nosotros pudiésemos pisar sobre las serpientes y escorpiones.

Pequeñísima bestia era, pero horrorosa. “Toda nave de pescar no podía sobrellevar una escama de su cola, pues llevaba delante de sí la perdición, contagiando a cuantos encontraba a su paso”. Salióle al encuentro la Vida para que cesase la muerte, y después de conseguir la salvación pudiésemos decir: “Muerte, ¿dónde está ahora tu aguijón? ¿Dónde está, oh, infierno, tu victoria?” Pues por medio del bautismo fue destruido el aguijón de la muerte.

12. Tú descendes al agua llevando los pecados; pero al sellar tu alma la gracia invocada, ya no puedes ser absorbido por el cruel dragón. Descendiste muerto por los pecados, y subes vivificado por la justicia. Y si eres comparado por la semejanza de la muerte del Salvador, serás también digno de su resurrección.

Pues así como Jesús murió tomando sobre sí todos los pecados del mundo, para que desterrado el pecado te devolviese a la gracia, del mismo modo tú, bajando al agua, y en cierto sentido sepultado en las aguas, como El lo fue en la piedra, resucitases para una nueva vida.

13. Cuando Dios se digne concederte esa gracia entonces te dará también la facultad de pelear contra los poderes enemigos. Pues así como El fue tentado durante cuarenta días, no porque no pudiese haber vencido, sino porque todo lo quería hacer con orden y medida, así tú también antes del bautismo tenías miedo de luchar contra los enemigos; mas luego de recibir la gracia ya puedes, confiando en las armas de la justicia, luchar y aun predicar el Evangelio.

14. Jesucristo era Hijo de Dios, y, con todo, antes de recibir el bautismo, se puso a predicar. Si el Señor, pues, guarda su orden en el tiempo, ¿acaso nosotros, siervos, nos vamos a atrever a no guardar ese orden? Jesús comenzó a predicar desde el momento en que descendió sobre El el Espíritu Santo en figura de paloma.

Y esto no para que Jesús le viese el primero (pues ya le conocía antes de bajar), sino para que Juan Bautista se diese cuenta.

“Pues yo, dice, no le conocía, sino que el que me envió a bautizar en el agua, ése me dijo: “Aquél sobre quien vieres bajar el Espíritu Santo, ése es”. Y si tú fueres piadoso también bajará sobre ti el Espíritu Santo, y la voz del Padre se oirá sobre ti, diciendo, no las mismas palabras de: “Este es mi Hijo”, sino Este ha sido hecho hijo mío, porque lo otro sólo se dijo de El, ya que “en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios”. A El, pues, le conviene la palabra “es”, porque siempre es Hijo de Dios; a ti, en cambio, la de “has sido hecho”, porque esa filiación no la tienes por naturaleza, sino por adopción; El es Hijo desde la eternidad, mas tú consigues serlo con la ayuda de la gracia.

15. Prepara, pues, tu alma para que seas hecho hijo de Dios y heredero de Dios y coheredero de Cristo; porque si te acercas con fe para recibir una fe más convencida, si voluntariamente te despojas del hombre viejo, y si de ese modo te preparas, lo conseguirás. Porque todo lo que hagas, ya sea adulterio o fornicación, o cualquier cosa de ese género, se te perdonará. Porque ¿qué mayor crimen que la Crucifixión de Cristo? Pues aun de esto puede perdonar el bautismo.

Porque aquellos tres mil que habían crucificado al Señor, al hablarles Pedro le preguntaban: “¿Qué es lo que hemos de hacer? Porque nos has dicho, Pedro, que hemos matado al autor de la vida”, y, por lo tanto, nos has anunciado nuestra ruina. ¿Qué remedio nos queda para nuestro mal? ¿Qué expiación para tan grandes pecados? ¿Qué levantamiento en tan grande caída? Respondióles él: “Haced penitencia y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo para remisión de sus pecados, y luego recibiréis el don del Espíritu Santo”.

¡Oh, inenarrable clemencia la de Dios! No esperan ninguna salud, y ya se les promete el don del Espíritu Santo; ves, pues, el poder del bautismo.

Si alguno de vosotros, con palabras blasfemas ha crucificado a Cristo; si alguno le ha negado delante de los hombres por ignorancia; si alguno por sus malas obras ha hecho que el dogma de Cristo se oyese mal, haciendo penitencia puede tener buena esperanza, pues también ahora existe esa misma gracia.